



# Prólogo

# 1

*Ontología del mercadillo* se publicó por primera vez en 2007 por la editorial Ediciones Académicas. Ahora lo publica la editorial Sanz y Torres en 2021. El texto se ha conservado íntegramente y se ha añadido el capítulo 17. En el mercadillo con mascarilla. Nuestro agradecimiento a la editorial por haber entendido que el texto es de plena actualidad.

**E**n Sociología de la vida diaria se trata de estar atentos, de escuchar aquellos relatos reales que nos indiquen el compromiso diario de lo que nos preocupa y ocurre diariamente, para seguir orientándonos. De hacer llegar con la fuerza del relato lo que también se plantea en términos más abstractos como la lucha por la vida, por vivir, por la identidad y honorabilidad de quienes vivimos en estos momentos sin tomar nada por irrelevante de la «realidad»<sup>1</sup>. Lo haremos acudiendo al ágora, al mercadillo, espacios públicos donde se saludan y comunican los vecinos, donde cuentan sus experiencias, sus emociones, sus deseos, miedos y esperanzas; donde aparecen los problemas y se pulsán los cambios sociales. Sin embargo, también acudiremos a la literatura y novela contemporánea, para ver como se reflejan en ellas los problemas y miradas de preocupación del mercadillo; y finalmente nos serviremos de los estudios y datos tanto cuantitativos como cualitativos sobre lo que le pesa al ser humano.

---

<sup>1</sup> Hannah Arendt (2005): *Ensayos de comprensión 1930-1954*, Caparrós Editores, Madrid, pp. 45-47. La vida diaria, la vida cotidiana, ha sido abordada por diversos autores como Agnès Heller en *Sociología de la vida cotidiana* (1974), Henri Lefebvre en *Crítica de la vida cotidiana* y *La vida cotidiana en el mundo moderno* (1958), Goffman en *la vida cotidiana como representación*, Berger y Luchmann en *La realidad como construcción social*, Braudel, M Foucault y P. Bourdieu en *L'Esquisse de una teoría de la práctica*, J. Ibáñez (1994): *Por una sociología de la vida cotidiana, Siglo XXI*, Madrid, Amando de Miguel (2001): *La vida cotidiana de los españoles en el siglo XX*, Planeta, Barcelona, entre otros tantos.

Hemos de añadir que el estudio de la vida diaria, se puede considerar como un aspecto o una dimensión de la sociología de la cultura, de aquellas prácticas y orientaciones de sentido mediante las cuales en cada día, toma forma la vida social<sup>2</sup>.

La literatura y las novela contemporánea nos suministran abundantes historias en las que sus personajes se desviven por salir adelante, por divertirse, por experimentar, por saber, por hacer dinero, por ser felices...por tantas cosas. Ayer mismo yendo de Zaragoza a Madrid en el tren, coincidía con la hija de un amigo mío: charlamos animadamente de un sin fin de cosas y nos enseñamos los libros que sosteníamos en nuestras manos. El mío «Ante el dolor de los demás», un ensayo de Susan Sontag sobre la guerra y una crítica a quienes al proponer una «sociedad del espectáculo» denigran la realidad infernal del enfrentamiento bélico. Ella me mostraba la novela «Los martes con mi viejo profesor» de Mitch Albom y que relata la vida de un profesor universitario que le han comunicado que tiene una enfermedad terminal. Seguimos hablando, y en un momento determinado decidimos ocupar nuestros asientos hasta acercarnos a Madrid.

Concentrado en mi butaca, me sorprendía a mi mismo observando el paisaje y reconociendo en el horizonte, absorto en un punto indeterminado, la figura de un profesor conocido de mi universidad que, sabiendo de antemano su inminente final siguió dando sus clases hasta una semana antes de morir. ¿Qué diferencia podía haber entre el relato de la novela y lo que yo sabía... incluso lo que me había tocado vivir algunos años antes? Por una parte un relato probablemente inspirado en algún caso real y por otra parte la experiencia de una persona a quien conocí como profesor en la Universidad y que ya ha muerto. El tren, a gran velocidad hacia Madrid, no me impidió recordar..., imaginarme sentado en mi despacho, sonar el teléfono, cogerlo y escuchar la voz de un amigo mío que me informaba de la urgente necesidad de hablar con él para darme más detalles de mi «futuro» inminente. Un relato, un caso real, una experiencia a medias...y miro la portada de mi libro con un grabado de Goya: «Los desastres de la guerra». ¿Quién puede dudar de que es un grabado de Goya? ¿Y quién puede dudar de la fotografía realizada en la Guerra Civil española a un soldado republicano al que Robert Capa «dispara» con su cámara justo en el momento de una bala enemiga<sup>3</sup>.

En uno de los últimos relatos como Brooklyn Follies de Paul Auster, uno de los personajes llamado Nathan Glass ha sobrevivido a un cáncer de pulmón

---

<sup>2</sup> Paolo Jedlowski y Carmen Leccardi (2003): Sociología della vita quotidiana, Il Mulino Saggi, Bologna, p. 11.

<sup>3</sup> Susan Sontag (2005): Ante el dolor de los demás, Santillana, Madrid, p. 31.

y a un divorcio tras treinta años de matrimonio, ha vuelto a los orígenes de su infancia, a Brooklyn. Allí quiere retomar su «ridícula vida» tras haber trabajado como vendedor de seguros. Piensa escribir y contar todo lo que ocurre a su alrededor y todo aquello que se le ocurre. En una librería de Brooklyn se encontrará con su sobrino Tom, joven y brillante universitario que deja los estudios de doctorado, ejerce de taxista y se resiste a una oferta de trabajo en la librería de Harry Brightman; la librería donde se acaba de encontrar con su tío Nathan. No seguiré dando detalles; únicamente añadiré unas breves líneas del texto: «Durante más de seis meses rechazó las propuestas del librero para que trabajara con él, y en ese tiempo alegó tantas razones diferentes, expuso tal cantidad de argumentos para que Harry buscara a otro, que los dos acabaron tomando a broma su regencia. Al principio, Tom se empeñaba en defender las virtudes de su trabajo, improvisando complejas teorías sobre el valor ontológico de la vida de taxista. Abre un camino directo a la inconsistencia del ser –sentenciaba esforzándose por sonreír mientras imitaba la jerga de su pasado universitario–». Tom describe sus idas y venidas con el taxi así como sus innumerables e insustituibles experiencias. «Ningún libro puede reproducir esas cosas. Estoy hablando de la verdadera trascendencia, Harry. De salir del cuerpo y entrar en la plenitud y el espesor del mundo». Posiblemente no es necesario conducir un taxi para alcanzar semejante propósito; él, sin embargo estima necesario «el aspecto desagradable de su trabajo», porque «esa es la base de toda la experiencia. El cansancio, el aburrimiento, la embrutecedora monotonía. Entonces, de pronto, sientes un súbito ramalazo de libertad, unos instantes de auténtica y absoluta dicha. Pero eso hay que pagarlo. Sin tedio, no hay gozo»<sup>4</sup>.

Lo que en definitiva nos señala el novelista norteamericano es subrayar la ontología de la vida diaria, de aquellas vidas que acuden al mercadillo, a una cafetería, a una librería de barrio. «Una persona muere y poco a poco todo rastro de su vida desaparece...Mi idea era la siguiente: crear una empresa que publicara libros sobre los olvidados, rescatar historias, hechos y documentos antes de que desaparecieran para luego darles forma y construir una narración continua, el relato de una vida»<sup>5</sup>. De otro modo parece haberlo dicho otro eminente escritor como lo es Claudio Magris. El escritor italiano dice «escribo contra el olvido y contra el tiempo, para salvar algunas cosas: construyo una pequeña Arca de Noé, aunque con materiales mucho más frágiles»<sup>6</sup>. Es una manera de no doblegarse ante el presente, de salvar el hilo que sostiene los destellos de cada historia o retazos individuales.

<sup>4</sup> Paul Auster (2006): *Brooklyn Follies*, Anagrama, Barcelona, pp. 35-372.

<sup>5</sup> Cfr. nota anterior, p. 307.

<sup>6</sup> Entrevista publicada en EL PAÍS, sábado, 25 de febrero de 2006.

Los relatos, y más si hemos sido protagonistas total o parcialmente de los mismos, de semejantes experiencias, nos acercan a las personas, a quienes saludamos con cierta prisa al tiempo que les confortamos sabiendo lo que están pasando... ¡te llamaré y charlaremos tranquilamente! Dijimos en cierta ocasión. Al cabo de un tiempo quedamos a tomar un café, o nos volvemos a encontrar fortuitamente en la calle, o en el mercadillo del barrio donde ya nos hemos visto otras veces. Atropellamos las palabras, nos damos detalles, formamos parte de ese «nosotros» que también nos conforta y sostiene. Podemos ser amigos, simplemente conocidos, haber coincidido numerosas veces en espera de nuestro turno en el mercadillo; desconocemos nuestras profesiones, si tenemos o no familia y tantas cosas más; al principio fue un cortés saludo, tras repetirse en varias ocasiones intercambiamos alguna frase sobre los precios, alguna calculada opinión sobre las últimas elecciones, sobre el estado de salud de algún familiar. Todo sucede muy rápido hasta el próximo encuentro.

Han pasado dos o tres años de intercambio de pareceres, de encuentros fortuitos... y la conversación se amplía, nos interesamos mutuamente por nuestras cosas, familias, asuntos generales, problemas que nos afectan en mayor o menor medida como el consumo, la cultura, las autonomías, la política, la incorporación de la mujer al mundo laboral, la inmigración, los medios de comunicación, sin hacer gala de un lenguaje de expertos. Huimos de tecnicismos o abstracciones, porque tampoco hay tiempo para mucho más. Nos saludamos de nuevo hasta la próxima ocasión.

El acercamiento a través del relato, de lo que hemos vivido, en ese mercadillo en el que coincidimos o en el bar-restaurant donde quedamos, reconforta, hace que nos sintamos iguales en la fortuna o en la desgracia. Y aunque más arriba hemos citado la calle como lugar de encuentro, no es el lugar más apropiado. Tampoco el ascensor o la escalera de casa dan más de sí que un rápido saludo en el mejor de los casos. De los espacios privados como la casa propia hemos pasado a los espacios públicos sin lugares de encuentro. El autobús, el metro, la misma calle, son espacios de tránsito, sometidos a la fugacidad y la rapidez. Los espacios laborales imponen sus exigencias, nos transforman. Aeropuertos y estaciones de tren, las más de las veces, nos ofrecen superficies anónimas incapaces de retenernos.

Los relatos y datos estadísticos, están en la base de aquellas personas que conocemos, que viven solas y de las que hacemos mención en nuestros encuentros: forman parte del 25% de quienes se encuentran en la misma situación en España; igual que nuestro familiar que recibe la ayuda a domicilio y que se contabiliza en el 3'5% en el conjunto de país. O la joven rumana, licenciada en Derecho, que se gana la vida como empleada de hogar y que

seguramente será una de las 635.366 personas rumanas en España y que junto a otros inmigrantes forman parte del 8% de los empadronados en nuestro país. Claro que, nadie sabe que ha recibido la noticia del fallecimiento de su padre un viernes sin poder coger el avión para asistir al sepelio. No tiene dinero y deberá reponerse en 48 horas para seguir trabajando a la semana siguiente.

Entre otras tantas cosas, hablamos en el mercadillo de las personas citadas que, suponemos, integran las estadísticas oficiales como la mayoría de las mujeres que trabajan y que sonríen sin creérselo el tan ansiado horario conciliar padeciendo «un desasosiego existencial. Un desbarajuste»<sup>7</sup>. Según la Oficina de Estadística Europea el tiempo que le dedican al día los hombres al trabajo doméstico es de 1 hora 37 minutos y 4 h. 55 minutos las mujeres en España, mientras que en Estonia es de 2 horas 48 minutos los hombres y 5 horas 0,2 minutos las mujeres<sup>8</sup>.

Mercadillos de barrio, de ciudad; mercadillos para inmigrantes, salones de ONGs, itinerarios solidarios, locutorios multiétnicos, determinadas calles por las que paseamos con placer de vez en cuando sabiendo que nos encontraremos con alguien conocido, cafés de renombre<sup>9</sup>, librerías de barrio, parecen ofrecer lugares de encuentro donde hablar, intercambiar y discutir, mundos conquistados por la imaginación, sitios que nos reconfortan, que nos recargan, donde nos reconocen; donde la complicidad, la mirada, el susurro se deja sentir, donde el tiempo no nos persigue tanto, donde nos dejamos sorprender; donde nos comunicamos mirándonos a la cara<sup>10</sup>. Precisamente el conocido Café Gijón indica en la contraportada de su menú de raciones, tapas, helados, bebidas y pastelería: “En los 100 años del Gran Café de Gijón desde hoy declarado “Gran Café de la historia de España” por todas las ideologías, artistas, escritores, músicos, actores, bohemios y profesiones varias. El tiempo es el espacio entre nuestros recuerdos. No destruyamos nunca el tiempo y los recuerdos que viven en este recinto. Larga vida a esta Catedral de humanidades y letras».

La experiencia de la comunicación no se brinda en cualquier momento o lugar, porque tenemos dificultades. Hemos señalado algunas, pero otras tantas dificultades provienen de nosotros mismos que no estamos tan dispuestos a sacudirnos tanto bienestar programado, tanta rutina «reconfortante», tanta

<sup>7</sup> Judith Warner (2005): Una auténtica locura. La maternidad en el siglo XXI, Península, Barcelona.

<sup>8</sup> Eurostat, 6 de marzo de 2006.

<sup>9</sup> En todas las ciudades europeas existe algún café de renombre al que acude la gente tradicionalmente para tomar una café, una cerveza, un té o cualquier otra; es el caso del café Gijón en Madrid, o Capsa en Bucarest o bien Mort Subit en Bruselas. Este último famoso, por haber sido frecuentado por el músico compositor Jacques Brel.

<sup>10</sup> José Vidal-Beneyto, “Los espacios públicos de la cotidianeidad/1 EL PAÍS, de 4 de marzo de 2006; Los espacios públicos de la cotidianeidad/2 EL PAÍS 11 de Marzo de 2006.

celebración u onomástica advertida previamente como el Día del consumidor, del espectador, del socio, del voluntariado, o aquel otro Día sin coches, de las personas mayores o de la mujer. Pero ¿acaso hay algo que decir?; sí, claro: deseamos charlar únicamente para que se nos tenga en cuenta; también queremos comunicar nuestras experiencias, y otras tantas cosas que solo balbuceamos para aclararnos con alguien enfrente de nosotros que nos responda o que simplemente nos mire con complicidad. Toda una reivindicación de lo cotidiano, de una supuesta transcendencia inmanente de las cosas que somos capaces de captar con la imaginación, con la conversación, con la observación del gesto, con la experiencia de encuentros humanos que nos reconfortan porque pulsamos las mismas claves.

Es en *Behavior in public places* donde Erving Goffman explica las relaciones cara a cara en los lugares públicos y semipúblicos. Goffman estudia la presencia mutua mediante la interacción focalizada y algunas relaciones con las interacciones no focalizadas. La interacción focalizada es una relación cara a cara, inmediata en un contexto y situación determinada<sup>11</sup>. Claro que, podemos simplemente saludar sin más, sin prestar apenas atención a quienes vemos, o por el contrario mirarnos, pararnos e iniciar una conversación con alguien que hemos vistos más veces, que conocemos más, que tenemos interés por él/ella.

Detenernos y estar cara a cara con otra persona es lo que hace del cara a cara algo situacional y no accidental, de modo que el mercadillo lo propicia generando un tipo de intercambio que a la vez no se siente acosado por el tiempo. Se dispone de la suficiente calma como para prestar atención al interlocutor o dar muestras más bien de lo contrario<sup>12</sup>. En otras palabras, tenemos la ocasión en el mercadillo de compartir algo común como el paro de un hijo/a o bien los cuidados que prestamos a nuestros mayores, afinando opiniones o discrepando en la percepción que manifestamos sobre lo dicho. «En el mismo núcleo de la vida interactiva está nuestra relación cognitiva con quienes están ante nosotros, relación sin la que nuestra actividad conductual y verbal no podría organizarse significativamente. Aunque esta relación cognitiva pueda modificarse durante el contacto social –y de hecho lo haga–, es extrasituacional en sí misma y consiste en la información que dos personas tienen sobre la información que tiene la otra sobre el mundo, y la información que tienen

---

<sup>11</sup> Para Goffman la interacción social en sentido estricto es el «cara a cara», el «cuerpo a cuerpo» y no precisamente conectarse por teléfono o Internet, en donde los conectados pueden desconectarse cuando lo desean. Por el contrario, no es tan fácil volverle la cara a quien tenemos delante cuando coincidimos en un mercadillo, o cafetería. Cfr. Erving Goffman (1991): *Los momentos y sus hombres*, Paidós, Barcelona, p. 173.

<sup>12</sup> En Erving Goffman se entiende por interacción (la interacción cara a cara) «la influencia recíproca de un individuo sobre las acciones del otro cuando se encuentran ambos en presencia física inmediata». Cfr. Erving Goffman (2004): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu/editores, Madrid, p. 27.

(o no) sobre la posesión de dicha información»<sup>13</sup>. Por eso mismo cuando nos encontramos con alguien conocido a quien hace tiempo no hemos visto, solemos tantear la situación y no nos pronunciamos directa o abiertamente; solemos ser prudentes y atendemos las posibles circunstancias que le obligan a nuestro conocido a opinar como lo hace.

«El derecho a la mutua accesibilidad es uno de los grandes valores sociales. Incluso quienes tienen una animosidad recíproca se encuentran condicionados a intercambiar algunas palabras educadas o, al menos, un gesto cuando se encuentran ante otros. Constituye una ofensa hacia la otra persona y hacia la situación social negarse a hacerlo»<sup>14</sup>. Las interacciones no focalizadas o «multisituidas» vendrán a ser aquellos temas, preocupaciones diferentes, intereses diversos que preocupan supuestamente a quienes comparten el mismo lugar. «Llega a la conclusión de que lo ideal es practicar una accesibilidad prudente cuando se está en lugares públicos o semipúblicos. Cree constatar que ocurre así en la mayoría de las relaciones cara a cara»<sup>15</sup>. A lo que nos dice el sociólogo canadiense, añadiremos otra serie de características propias del cara a cara que nosotros aplicamos al mercadillo y en donde es ineludible la presencia de los demás. Nos referimos a lo que Goffman entiende por estados difusos o rasgos determinados por el status como: edad, sexo, clase social y raza.

El ejemplo que nosotros hemos escogido es el mercadillo, en donde tiene lugar una serie de transacciones de servicio a cambio de dinero. Es cierto que en el mercadillo el trato o servicio es igualitario aunque percibamos ciertas prácticas que solemos pasar por alto como el atender a aquellos que seguramente han hecho los pedidos por teléfono. Lo suelen hacer cuando abren el puesto y cuando hay más de una persona sirviendo

Escucharemos entonces el rumor del mercadillo, atentos a lo que nos decimos unos a otros; coincidencias o convergencias como resultado de experiencias comunes en tiempos posiblemente diferentes. Relatos sobre la vida diaria que parecen encerrar elementos permanentes y en continuo contraste con aquellos datos que nos suministran los estudios sociológicos y de ciencias afines. Siempre están a punto aquellas preguntas ¿Estuvo consciente? ¿Sufrió físicamente? cuando nos informan del fallecimiento de algún conocido, o aquellas otras ¿Cuánto viaja? ¿Le compensa lo que gana? referidas al trabajo de un hijo/a.

<sup>13</sup> Erving Goffman (1991): *Los momentos y sus hombres*, Paidós, Barcelona, p. 178.

<sup>14</sup> José R. Sebastián de Erice (1994): *Erving Hoffman. De la interacción focalizada al orden interaccional*. CIS, Madrid, pp. 185-194.

<sup>15</sup> Cfr. nota anterior, p. 190.

El rumor de fondo del mercadillo tiene que ver con la muerte digna, sin sufrimiento, con la eutanasia en términos clásicos; con la calidad de vida, aunque de jóvenes haya que sacrificarse algo más, con la familia, con los inmigrantes, con el cuidado que les procuramos a nuestros familiares dependientes, y tantas cosas más. Son cuestiones que nos preocupan y que se expresan, aunque sea tímidamente con ocasión de cualquier información o acontecimiento que llega a nuestros oídos. Después viene la rápida reflexión al hilo de nuestras circunstancias para coincidir en mayor o menor grado con lo que hemos oído. Quien más quien menos, tiene experiencia de la vida porque los «transeúntes» del mercadillo suelen ser gente madura, adulta, mayor.